

DISCURSO DEL PRESIDENT XIMO PUIG

9 de Octubre

Valencianas y valencianos:

“La tierra ha quedado fuertemente empobrecida y desolada de gentes”.

Con estas sentidas palabras resumía Pedro IV el Ceremonioso la peste negra que asoló, en 1348, el antiguo Reino de València.

“Tierra empobrecida y desolada de gentes”.

Ese dolor del rey –que era el dolor de todo un pueblo– lo podemos entender, sentir y compartir nosotros siete siglos después.

Porque hoy no es un 9 de Octubre más.

No, no lo es.

Por el camino hemos perdido la vida de 1.680 valencianas y valencianos.

Son las víctimas de una terrible pandemia que nos ha sumido en la tristeza, la preocupación y la incertidumbre.

Es natural. Es comprensible. Es humano.

Aun así, hay una lección que nos deja la Historia.

Pedro el Ceremonioso no imaginaba, cuando lloraba por la devastadora epidemia, que la capacidad del pueblo valenciano para superar adversidades nos impulsaría –años después de la peste– hacia nuestro flamante Siglo de Oro.

De la desolación absoluta al esplendor máximo.

Ese fue el camino que recorrieron nuestros antepasados.

Señoras y señores:

La Historia, como decían los clásicos, es maestra de la vida.

La Historia nos enseña que cada vez que los valencianos hemos caído, nos hemos levantado.

Nos hemos levantado después de guerras y de epidemias; después de dictaduras y de crisis; después de riadas e inundaciones.

Con sufrimiento y mucho esfuerzo, es cierto; pero siempre nos hemos levantado.

Y por eso seguimos aquí, juntos, ocho siglos después de la entrada en València de Jaime I.

Aquel fue un día para la Historia que se escribe en mayúsculas.

El 9 de Octubre, la Conquista, el Reino de València.

Palabras gruesas, solemnes, altisonantes.

Esa Historia en mayúsculas tiene siempre un defecto: arrincona al protagonista de cualquier transformación social: el pueblo.

Esa Historia en mayúsculas excluye la memoria de quienes no tienen nombre.

Las gentes anónimas, olvidadas. Las voces calladas por el paso del tiempo. Y es nuestro deber recordarlas.

Para que hubiera una Conquista de València, el soldado Guillén de Sales tuvo que entrar en combate, jugarse la piel, y después recorrer 300 km con la cara vendada para anunciar al rey la victoria en el Puig en 1237.

Para que pudieran salvar la vida a muchos austracistas con el desastre de Almansa de 1707, Josepa Nàcher (de Russafa) y Maria Lluïsa Lamarca (de Dénia) tuvieron que ponerse en peligro haciendo de enlace con la resistencia valenciana.

Para que tantos inocentes sobreviviesen a la cruenta Guerra Civil, la joven pacifista Nini Haslund tuvo que dejarlo todo en su Oslo natal y fundar en Alcoy, en 1937, el Hospital Sueco-Noruego.

Guillén, Josepa, Maria Lluïsa y Nini –señoras y señores– son los olvidados de la Historia.

Aquellos que la escriben con tinta invisible.

El humilde reverso del gran relato.

Ahora, los valencianos vivimos un momento crítico en el que todos y todas somos decisivos para salvar vidas, proteger la salud y evitar la destrucción de trabajos.

No es la acción de los gobiernos, sino la actitud de la ciudadanía, aquello que determinará la evolución de la pandemia.

Una vez más, no son las mayúsculas; es la humilde letra minúscula.

La minúscula de quien atiende a un enfermo en el hospital.

La minúscula de quien levanta la persiana de la tienda.

La minúscula de quien enseña en el aula detrás de una mascarilla.

La minúscula de quien reparte paquetes a domicilio.

La minúscula de quien limpia calles y oficinas.

La minúscula –señoras y señores– de Luis Vidal Domínguez.

Un nombre. Un nombre convencional con una historia extraordinaria.

A los 11 años, Luis entró a la banda de Agres para tocar la flauta travesera.

Ha sido un músico apasionado durante 44 años. Uno de los 40.000 músicos de la Comunitat Valenciana.

En esta amarga primavera, el virus entró dentro de su cuerpo.

Luis se pasó 46 días a la UCI, luchando para sobrevivir.

Cuando salió del hospital, había perdido el 70% de la masa muscular.

También había perdido, a causa de una infección, la visión de un ojo.

Aun así, hay una cosa que Luis no ha perdido:

La esperanza.

La semana pasada, lleno de nervios, tocó de nuevo el instrumento por primera vez. Fueron solo 20 minutos, tan agotadores como emotivos.

Porque Luis, a pesar de todo lo que ha pasado, quiere seguir tocando en la banda.

Tampoco han perdido la esperanza sus dos hijas.

Mientras su padre estaba ingresado en la UCI, una y otra tocaron en el balcón el 19 de marzo –como miles de músicos valencianos– para dar ánimo, fuerza y esperanza a una sociedad confinada en el San José más triste que recordamos.

Marta con el oboe, y María con la flauta, tocaron por todos.

Por ellas. Por su padre. Por la gente.

Ese balcón con las dos hermanas unidas en la dificultad.

Ese padre de 55 años tocando de nuevo la flauta con la ilusión del niño que fue.

No soy capaz de imaginar una metáfora más poderosa sobre cuál es la actitud que nos hará superar esta difícil situación.

La resistencia. No la rendición.

La esperanza. No la resignación.

El futuro. No la nostalgia.

Señoras y señores:

Es la hora de la esperanza.

El canciller Willy Brandt advertía:

“No nos vencen las dificultades, sino la resignación”.

Pero la resignación no es una opción.

Tendremos que trabajar más. Tendremos que trabajar mejor. Tendremos que trabajar más unidos.

Se abre el tiempo de las alianzas.

Y subrayo tres cruciales:

1. La alianza entre generaciones.

2. La alianza entre el Estado del Bienestar y los sectores productivos.

y 3. La alianza entre territorios.

La primera: La alianza entre generaciones.

Por un lado, la muerte de tanta gente mayor en las residencias tiene que hacernos reflexionar como sociedad.

Las personas mayores han construido el mundo de derechos y libertades que hoy habitamos.

Nos lo han dado todo.

Y merecen más atención, respeto social y trato digno por parte de todos.

Por otro lado, la situación precaria de tantos jóvenes atrapados entre dos crisis tiene que movernos a actuar con urgencia y determinación.

No podemos perder a la generación más preparada de la historia.

Y, por último, el gasto que tenemos que hacer estos años para proteger a los afectados, para estimular la economía y para generar trabajo, tendrá que ser pagada por la siguiente generación.

Y no la podemos hipotecar más allá de lo necesario.

Por lo tanto:

Keynesianismo inteligente, sí.

Máxima eficiencia en el gasto, también.

La segunda es la alianza entre el Estado del Bienestar y los sectores productivos.

Hemos presenciado un nivel de entrega y sacrificio de los servidores públicos que muestra el único camino posible: revigorizar nuestro Estado del Bienestar.

El Estado del Bienestar:

Esa es la piedra angular de la educación que forma, la sanidad que protege, la dependencia que dignifica, y las pensiones que sostienen.

Ese es el marco general que da a todos las mismas oportunidades, las mejores oportunidades.

Esto tiene que ir acompañado de un apoyo decidido a los sectores productivos, los que generan prosperidad, sostienen la calidad de los servicios públicos, y cimientan la base de nuestro sistema: el trabajo.

Trabajo, trabajo y trabajo: esa es la prioridad del Consell.

Y son las empresas las que crean trabajo.

En el siglo XIV, Francesc Eiximenis elogiaba la función social de los emprendedores con una sabia reflexión:

“Sin mercaderes, las comunidades caen, los príncipes se vuelven tiranos, los jóvenes se pierden, los pobres lloran”.

El sistema público y el sector privado. Son las dos caras de una misma moneda. Dos caras que se necesitan. Sin obstáculos administrativos; sin prejuicios; con eficiencia y diálogo social.

Sin duda, es la hora de fortalecer esa alianza.

La tercera alianza es la que une territorios.

Frente a los territorios de la confrontación, la Comunitat Valenciana es hoy sinónimo de unidad, de estabilidad y de serenidad.

Gracias al trabajo de toda la sociedad, hoy somos reconocidos por el acuerdo, la gestión y el sentido. Sobre todo esto: sentido común.

Esa es la mirada que proyectamos en las tierras diversas de España.

En esa 'España de Españas' que enriquece, y no empobrece.

En esa España que necesita diálogo, consenso y fraternidad.

Europa ha reaccionado a tiempo y ya es parte de la esperanza.

España tiene que reaccionar.

Porque España no es el problema.

¿Qué España? Ese es el problema. Esa es la cuestión.

La Vía Valenciana es más cogobernanza, mayor igualdad financiera, más conexión emocional entre las partes y el todo.

Porque ninguna parte representa al Todo, por muy amplia que sea una circunvalación.

Es el momento valenciano, en una nueva versión de aquello que dice nuestro himno. Y lo tenemos que aprovechar.

Señoras y señores:

Es un honor compartir esta mañana con las personas que simbolizan el esfuerzo de todo un pueblo en sus horas más difíciles.

Representáis valores admirables.

Por encima de todos: la humanidad. Todos estáis poniendo a las personas por encima de las cosas. Incluso, por encima de vosotros mismos. En todo momento os está guiando el espíritu humanista del Renacimiento, ahora que tanta falta nos hace renacer.

Gracias por ofrecer el mejor rostro de una sociedad que ha demostrado una enorme responsabilidad ante la pandemia.

Esa es la razón de la Alta Distinción que hoy reciben todos los valencianos y las valencianas; del más pequeño al más grande.

Nunca nadie había hecho nada tan meritorio como salvar 42.000 vidas.

Ahora tenemos que seguir con el mismo nivel de responsabilidad, prudencia y prevención para seguir salvando vidas, familias y trabajos.

Por eso, siete meses después, hoy pido un plus de esfuerzo. Sin relajaciones. Sin bajar la guardia.

Marc Granell, nuevo Premio de las Letras Valencianas, tiene unos versos que dicen así:

“Los poetas son los seres
más imprescindiblemente inútiles
que hay sobre la tierra”.

Por supuesto, Marc: Necesitamos la cultura. Quizás ahora más que nunca.

Y, jugando con tus palabras, diríamos que ahora todos somos “imprescindiblemente útiles” para salir adelante.

Señoras y señores:

Todos los galardonados hoy nos han facilitado la vida cuando era más dura.

Estuvimos 100 días sin poder cruzar de una provincia a otra de la Comunitat Valenciana.

Familias partidas. Orígenes añorados. Vidas truncadas.

Todos lo sufrimos.

Sin poder acompañar a una madre hospitalizada.

Sin poder ver a los hijos y a los nietos durante tres meses.

Sin poder dar el último adiós a un amigo.

Fueron días difíciles, con largas noches, para todas y todos.

En esos meses de primavera amarga, comprobamos que somos un pueblo unido.

Y no hablo de identitarismos, de himnos o de banderas.

Hablo de algo más profundo y humano.

Nos necesitamos las personas, esa letra minúscula –como la de los músicos a los balcones– con la que cada día cosemos el país de los valencianos.

Recordamos a Carmelina Sánchez-Cutillas, elegida Escritora del Año por la Academia Valenciana de la Lengua.

La autora de Altea no reconocía otra patria que la tierra rodeada por la sierra de Aitana, la sierra Bèrnia y elPuig Campana, con el Peñón de Ifach besando el Mediterráneo.

Una patria hecha de lluvia, de pájaros y de los pequeños hechos de cada día. Una patria en minúscula.

Así la sentía Carmelina. Así la sentimos la mayoría de valencianas y valencianos.

Señoras y señores:

Esta pandemia ha fortalecido nuestro tejido comunitario.

Nos ha mostrado cómo las sinergias superan el individualismo.

Ahora, la tela para coser el país es más fuerte y resistente.

Hay que dibujar nuevos horizontes.

Hay que impulsar una Comunitat Valenciana más verde, más digital y más protectora, con el aumento del apoyo europeo.

Hay que promover un futuro que genere expectativas, y no desigualdades.

Es ahora.

Porque el futuro no se impone. El futuro no es la estación a la que vamos, o a la que otros nos conducen. El futuro es la vía que hacemos entre todas y todos.

Ese es el camino que ahora más necesitamos, el futuro, sabiendo aquello que desconocía Pedro el Ceremonioso: Que de la desolación al esplendor hay un corto viaje si todos contribuimos con esfuerzo, unión y confianza.

Valencianas y valencianos:

Hoy, 9 de Octubre, cumplimos 782 años juntos.

Ha llegado el momento de hacer como el músico Luís Vidal.

Es la hora de volver a tocar.

Cada uno, desde su sitio en la sociedad.

Con coraje. Con convicción. Con confianza.

Muchas gracias, y adelante.